EL PROFESOR DE BARRO

FREDY AHUMADA

Capítulo 1

EL PROFESOR DE BARRO

El profesor salió de la escuela en su bicicleta con la ilusión de encontrar en el pueblo, la bendita palabra. En esa palabra guardaba su esperanza. En ella contemplaba la fortuna y el cambio de su suerte.

Era aproximadamente la una de la tarde, y el cielo casi ennegrecido le advertía con la furia de sus truenos, que estaba a punto de hacerle pasar una odisea.

No había recorrido siquiera un kilómetro a pedalazos, cuando fue alcanzado por un voraz aguacero que lo obligó a seguir a pie, el largo y tortuoso camino de la trocha.

En cuestión de segundos, sus zapatos fueron cubiertos por unas gruesas capas de barro, que, sumadas al peso de la bicicleta, dificultaban su caminar.

Sin embargo, pese a la adversa circunstancia, los dulces pensamientos que a esa hora lo invadían, y a los cuales enérgicamente se aferraba, lo impulsaron a seguir con entereza el inhóspito camino.

Mientras avanzaba se adentraba en un mundo de fantasía en el cual no veía las penalidades que en la realidad sufría por la inseguridad de un salario que era tan injusto como tardío. En ese mundo imaginario se vio liberado del mar de deudas; se vislumbró elegantemente vestido, y se encontró provisto de los recursos con los cuales podía ofrecer una vida digna a su familia.

Todos estos pensamientos, que solían ser en él un apego conveniente a la irrealidad, lo llenaron de valor para asumir con estoicismo las caídas en las empinadas lomas; le dieron el arresto para superar el peligroso cruce de los arroyos, y al parecer, lo invistieron de inmunidad para afrontar al barro contaminado del orín y el estiércol de las bestias.

Le fue necesario más de tres horas para dejar atrás la pesadilla de la trocha. El sol volvía a despuntar por el cese de la lluvia. En la carretera, las despectivas miradas le reprochaban que el aspecto de su apariencia no fuera el digno de un profesor. Con extrañas maniobras logró desprenderse de mugre suficiente para no presentarse tan curtido al palacio de La Alcaldía Municipal.

En las afueras de ese lugar, una multitud lo separaba de la pared en la que estaba pegada su esperanza. En ese momento su corazón empezó a latir con intensidad. Se encontraba a pocos metros de saber si por fin

dejaría de pertenecer al grupo de los menospreciados. Los rostros de tristeza que en el tumulto se confundían con los de alegría, le produjeron una mayor tensión. Las pulsaciones y la alterada respiración se intensificaban a medida que se abría paso entre los miembros de un gremio al que parecía no pertenecer.

Finalmente pudo alcanzar la pared. Allí se encontró de frente con la publicación de los resultados. Buscó desesperadamente en el enorme listado de letras pequeñitas.

¡Qué grande fue su impresión al ver que al lado de su nombre, aparecía la maldita palabra. La palabra que reposaba al lado de su nombre, decía: "Reprobado".

Debilitado por la tristeza que le acababa de producir la pérdida del Concurso Docente, se marchó a su casa cargando el peso de la derrota.

Al llegar; miró con dolor la pobreza en el vestido de su mujer, se sintió impotente ante la indefensión de sus hijos, y lloró al comprobar la escasez que llenaba los espacios de su casa. En ese instante, y para colmo de males, un movimiento instintivo de su mirada hizo que se fijara en las pronunciadas grietas de las paredes.

Fue entonces, solo entonces, cuando pudo comprender que su vida, al igual que la pequeña casa de barro, se estaba desmoronando. Fin.

En honor a los colegas que por años laboraron como docentes voluntarios.